

condena su frialdad, su método de investigar, su escasa sensibilidad artística, su carencia total de intuición. No tan duro en el juicio se muestra con don Crescente Errázuriz, cuyo método es igual al de Barros Arana. El historiador para él más digno de elogios es Sotomayor Valdés.

Indudablemente, el señor Encina, ha dicho en su libro, acerca del método de los historiadores chilenos, muchas cosas que ya habían sido anotadas por otros escritores, aunque no con tanta amplitud y razonamiento. El libro va a ocasionar juicios muy ásperos contra el señor Encina—ya se han escrito varios—y seguramente dará oportunidad para que se susciten algunas polémicas de interés. En todo caso, el señor Encina ha escrito un libro de fuerte sabor polémico, franco, lleno de novedad en la apreciación de algunos de los historiadores chilenos del siglo XIX.

Un libro de Diego Muñoz

Creemos que los lectores de *Atenea* recordarán aquel cuento *Niña de Color* que publicamos hace algún tiempo. Aquel cuento liviano, lleno de aire, de color, de alegría desenfadada, de agilidad y con una atmósfera tropical caliente y fina a un tiempo. Aquel cuento tuvo fortuna. Fué saludado como una manifestación muy nueva y curiosa del arte nacional. De otros países hasta donde nuestra revista llega regularmente, muchos escritores nos preguntaron quien era el autor, quien era Diego Muñoz y qué libros había publicado. Este cuento *Niña de Color* ha sido incluido en el volumen que acaba de publicar Diego Muñoz con el título *Malditas Cosas*.

Antes había escrito *La Avalancha*. Fué el primer testimonio de su arte muy personal de narrar. *La Avalancha* era la revolución callejera del 26 de Julio. Pero sin declamación: sin partipris alguno. Diego Muñoz contaba la vida de esos días en la calle agitada y tumultuosa. El dato directo, objetivo: el movimiento de los grupos, la ironía que todo eso comporta, el ir y venir

de las voces y de los sentimientos, los cuadros vibrantes, ciertos tipos. Era algo más alto que la crónica descarnada y con un toque leve, pero intenso por el cual se revelaba ya el artista. Después una novela *De repente*, que los críticos recibieron muy bien y de la que dijeron que tenía vagos parecidos con ciertas novelas rusas. Ahora su libro de cuentos.

En Diego Muñoz, hombre joven, la narración tiene todo el encanto de un juego. Parece como si tirara al aire, con gracia, con lijereza, unas palabras y unas emociones frescas, ágiles, para recogerlas luego sin descomponerlas, sumándolas a un motivo central en que el drama apenas está insinuado. Como no cabe en estas notas el acento crítico, hemos querido únicamente señalar la aparición del libro.